

CARTAS DEL DIRECTOR

Antonio Abril



De nuevo el agua

La de los pantanos de cabecera de Entrepeñas y Buendía, que tras varios años luciendo una situación envidiable, gracias a las lluvias del otoño, el invierno y la primavera, y también a las grandes nevadas de los años 2009 y 2010, le han llegado las vacas flacas y están al treinta por ciento de su capacidad. Y bajando. Tanto por la evaporación, como consecuencia de este riguroso verano, como por los trasvases que se están llevando a cabo. Total, que a mediados de este agosto pueden volver a la situación crítica que presentaron años atrás, en lo que ni siquiera se mantenía el caudal ecológico del río, con la repercusión económica que ello tiene para los pueblos de la zona. Con el pantano a ese nivel lo pueblos ribereños ven cómo se merma el nú-

mero de visitantes y se resiente el comercio y la hostelería que, con la recaudación que hacen en este par de meses de julio y agosto, cuando el pantano presenta un buen nivel, les llega incluso para pasar el invierno. No contentos con padecer la situación y sufrir las consecuencias, los vecinos de estos municipios tienen que asistir a una instrumentación política del tema, a veces con un cinismo total y absoluto que les lleva a algunos políticos a denunciar cuando están en la oposición lo que callaban cuando estaban gobernando, frente a los trasvases apro-

bados por el Gobierno de turno.

Si el turismo es uno de los pocos recursos que le queda a estos municipios y nos cargamos aquellos argumentos, como por ejemplo es el agua, que puede propiciarlo de una manera prolongada y estable, mejor echar el cierre y largarse.

Fue Cristina Narbona, la ministra socialista, la que se cargó el Plan Hidrológico desarrollado por el Gobierno de José María Aznar, que se supone acababa con los actuales trasvases y ese es el argumento que desde entonces han lanzado desde el Partido Popular sobre el PSOE. Algunos

de los responsables políticos de dicho partido que protestan ahora, callaron entonces por aquello de la disciplina de voto, a pesar de que con ello traicionaran la confianza de los que les habían votado.

Por contra, los populares han basado en la recuperación de ese Plan Hidrológico la manera de acabar con los trasvases, pero lo cierto es que como no es lo mismo ver los toros desde la barrera que estar en la arena...

En lo que a los intereses de los pueblos ribereños se refiere, unos por otros, la casa sin barrer. Esperemos que el Plan de Cuenca, cuya aprobación definitiva puede estar a punto de llegar, venga a paliar una situación que supone una tremenda injusticia para estos municipios y que en cualquier caso es todo un agravio.

FIRMA INVITADA

HISTORIAS CALIENTES, por Carlos Baltés



El triángulo

Cuando Tristán e Isolda se conocieron él tenía 45 años y ella se acercaba a los 30. Casi se llevaban veinte años, pero la diferencia de edad fue superada por un gran amor, que nació a primera vista y que no hizo sino crecer con el tiempo. Les unían muchas cosas. Un gran acuerdo intelectual y una devoradora pasión física, y sobre todo, un deseo permanente de hacer feliz al otro a cualquier precio. Se amaban tiernamente. Pronto se casaron. Estaban demasiado enamorados para renunciar a la presencia física habitual y decidieron unir sus vidas con todas las consecuencias. Vivían el uno para el otro, y todos los días se entregaban al amor hasta llegar al límite de la pasión erótica. Su deseo aumentaba con el tiempo y Tristán e Isolda eran completamente felices. Pero la felicidad no dura eternamente y después de casi veinte años, Tristán perdió la enorme energía erótica que siempre había poseído. Al principio aparecieron pequeños síntomas de debilidad pero en poco tiempo los efectos fueron absolutos e inmisericordes. Isolda trató de consolar a su marido y le dijo que no le importaba no volver a tener una relación completa, que le daba igual. Tristán pareció convencerse con las razones que le exponía su mujer, pero pronto comprendió que era una injusticia someter a Isolda, con sus 42 años y su gran temperamento erótico, a unas relaciones sexuales incompletas, y decidió remediar aquella situación. -Mira Isolda -le dijo Tristán un día a su mujer- quiero que sigamos así. Debes tener alguien que te pueda ofrecer toda la pasión física que tú te mereces. -No insistas -contestó Isolda- te quiero dema-

siado para estar con un hombre que no seas tú. -No me refiero a que busques un hombre cualquiera por ahí, no. Y sé quien puede ser el indicado. Ricardo, el amigo de mi sobrino, sería el ideal para esto. Tiene 35 años, y el otro día en la fiesta de mi hermano no quitaba los ojos de ti; es evidente que le gustas mucho. Además es inteligente y discreto. No habrá problemas de ningún tipo.

La mujer se negó a escuchar la proposición de su marido, pero Tristán acabó finalmente por convencerla.

-Piensa -le dijo- que yo soy cada vez mayor, y tú tienes todavía por delante más de veinte espléndidos años. Vamos a probar por lo menos. Isolda parecía convencerse a través de su silencio, aunque repentinamente dijo:

-Pero te pongo una condición ineludible. Tú tienes que estar presente durante nuestros encuentros.

-Isolda, querida mía, eso sería un error. No estarías a gusto.

-Lo siento, pero tiene que ser así -añadió la mujer-

-Bien, como tú quieras. Yo me encargaré de todo.

Habían pasado dos semanas cuando Tristán e Isolda recibieron a Ricardo Galván en su casa del Viso, en Madrid. Pasaron los tres a uno de los dormitorios de la casa, que no era utilizado, sino esporádicamente, por alguna persona invitada por los dueños del chalet. Los tres se sonrieron, aunque no pronunciaron ninguna palabra. Isolda, sin decir nada, empezó a desnudarse. Se quitó la blusa, lo que dejó al descubierto sus pechos. A continuación se despojó de sus vaque-

ros y se quedó con una breve braguita. Ricardo, al ver el cuerpo curvilíneo y pletórico de Isolda, la empezó a besar con pasión, en tanto que la mujer empezaba a desnudar al joven. Después Isolda, mirando a su marido, se quitó la última pieza de ropa interior que le quedaba quedándose totalmente desnuda. Mientras Tristán permanecía de pie en medio de la habitación, Ricardo e Isolda se dirigieron a la cama y en ella empezaron a acariciar con delirio sus hermosos cuerpos. Mantenían los dos una relación frenética ante la mirada de Tristán, que permanecía silencioso. Los ojos de Isolda y de su marido se encontraban de vez en cuando sin traslucir ninguna emoción. Sin embargo, cuando Tristán vio que el clímax se acercaba, abandonó la habitación dejando atrás los jadeos de placer de su mujer.

-¡Tristán! ¡Tristán! Ven, no te vayas, ¡vuelve!

-gritó Isolda al ver que se iba. Los dos amantes se iban aproximando al paroxismo de su placer. Tristán se había acercado al lecho de nuevo y, entonces, Isolda levantó un brazo, y estirándolo cogió la mano de su marido, que mantuvo entre la suya y apretó con fuerza justo en el momento de la llegada de un orgasmo intenso y liberador. Después Isolda se levantó de la cama y cogiendo la cintura de su marido abandonó el dormitorio.

Ese día fue el primero de los muchos que le siguieron y en donde el joven Ricardo acudía feliz al encuentro con Isolda. Tristán siempre presenciaba la relación erótica entre los dos amantes, e Isolda cuando percibía que se acercaba el culmen del placer extendía su hermoso brazo para coger la mano de su marido y apretarla...